

Esta primera parte de la obra total estaba destinada a contener, conforme al propósito original, una de las dos grandes divisiones que es posible establecer en un estudio etnográfico; es decir: la cultura material, reservándose para otro volumen posterior la descripción e interpretación de la cultura no-material; sin embargo, el gran acopio de materiales logrado por el empeño del equipo investigador obligó a no tratar en este tomo, sino la introducción histórica obligada, el capítulo relativo a la subsistencia, al abrigo y a la tecnología de los totonacos.

Cada uno de los aspectos de la enunciación anterior se tratan cuidadosamente, no sólo al través de la descripción, sino también por medio de fotografías, dibujos, planos, mapas, gráficas y cuadros numerosos. Es así como contamos, en esta primera parte, 33 fotografías, 69 dibujos, 18 mapas y 21 cuadros.

Entre las fotografías se cuentan algunas muy interesantes que nos permiten un conocimiento más directo del paisaje, de los campos de maíz, de la preparación y aspecto de los maizales, de la polinización de la vainilla, de la construcción, los tipos y aspectos de la casa, de la hechura de cerámica, la factura de tejidos, etc.

De los mapas, 8 se relacionan especialmente con las guerras entabladas contra los señores mexicas; el resto se refieren a otros aspectos históricos y contemporáneos de la Totonacapan.

Entre los cuadros, se cuentan los relativos a la densidad de población, al origen y composición de la misma, a sus caracteres lingüísticos, a las causas de muerte más frecuente, a la propiedad y utilización de las tierras, a la posesión de parcelas, al rendimiento comparativo de las milpas, a las compras y ventas de maíz, al costo de los materiales de construcción, etc.

Los apéndices (4 en total) se refieren al habla de la gente de la región, a las conquistas mexicanas del pasado, a la vegetación y a la catalogación herbolaria, en la cual se dan los nombres técnicos y denominaciones totonacas de cada especie vegetal, así como los usos a los que se aplica, con lo cual se anticipa un poco lo referente a la terapia de este grupo indígena, que habrá de contenerse en el próximo volumen.

No dudamos que la obra total, de la que ésta forma parte, habrá de dar cuenta poco menos que exhaustiva de la etnografía de la localidad totonaca estudiada, así como también habrá de poner en camino de resolver sus problemas. Por otra parte, mostrará también la necesidad de que se emprendan otras investigaciones análogas con igual rigor metódico entre el resto de nuestros grupos indígenas. Cabe pues, felicitar a los autores de tan meritorio esfuerzo.

DAHLGREN DE JORDAN,
BARBRO: *La Mixteca*, su cultura e historia prehispánicas. Imprenta Universitaria. México, 1954.

Trabajada con cariño y dedicación ejemplares, la etnografía antigua de la Mixteca nos es entregada en un volumen de 400 páginas, por quien —gracias a un continuo manejo valorativo y crítico— conoce las fuentes respectivas, sabe construir con los datos por ellas proporcionados, y presentar previo cotejo, rechazo, admisión o matización de los mismos, una visión orgánica de lo que fuera antiguamente una de las más importantes culturas mesoamericanas.

Las fuentes gracias a las cuales esa elaboración fué posible, son principalmente las documentales, escritas durante los primeros dos siglos que siguieron

a la conquista española; sin embargo, la autora ha buscado, siempre que lo ha creído oportuno, el apoyo de los códices y de los restos arqueológicos como medio de complementar los conocimientos obtenidos de los documentos, y de poder establecer horizontes culturales.

En forma más particularizada, Barbro Dahlgren clasifica sus fuentes en: 1. informes oficiales (como las *Relaciones Geográficas* del xvi); 2. obras de religiosos (como la *Geográfica Descripción*, de Burgoa); 3. obras en mexicano sobre la base de antiguos códices (*Anales de Cuauhtitlán* e *Historia Tolteca-chichimeca*); 4. crónicas del xvi y del xviii (como las de Herrera, Torquemada, Ixtlixóchitl, Tezozomoc y Chimalpain).

Dentro de la primera parte de la obra, como antecedentes, y al lado de la referencia a las fuentes, constitutiva del primer capítulo, se mencionan datos geográficos, demográficos, lingüísticos e históricos, como son los que se refieren a la extensión de 40,000 km.² cubiertos por la región mixteca, a sus fuertes plegamientos y los cortos valles que la forman (a una altura media de 200 m.), a la fuerte densidad de su poblamiento antiguo enfatizada por Burgoa, al progresivo despoblamiento colonial como producto de hambres y epidemias (de un 75% a un 100%), a la agrupación del idioma de sus habitantes junto con el amuzgo y el cuicateco dentro de la familia mixteca, rama mixteca-popolocca del grupo macro-otomangue, el cual aparece dividido en dos por una cuña nahua que separa al grupo septentrional (otomiano), del olmeca localizado en una de las áreas más importantes de lenguas tonales del continente. La porción histórica —no obstante su ceñimiento— resulta tan nutrida de datos que impide cualquier gesto indicativo de parte nuestra, de otra parte, la autora misma, le ha dado calidad de

hipótesis de trabajo más que de cualquier otra cosa.

Dentro de este marco se encuadra la parte medular de la investigación, dividida, a su vez, en tres porciones correspondientes a la cultura material (“satisfacción de las necesidades vitales”), la organización socio-política (“vida social”), y la cultura espiritual (“vida religiosa e intelectual”).

En la satisfacción de las necesidades vitales, debe tenerse en cuenta que la subsistencia de los pueblos de la región se basaba fundamentalmente en la agricultura, y, principalmente en el cultivo del maíz, asociado al del frijol, la calabaza y, menos frecuentemente, el chile. Sin embargo, en muchas ocasiones, escaseaban los terrenos cultivables y era preciso comprar granos a otros pueblos. En algunas regiones había irrigación para el cultivo del cacao. La caza, vinculada a los señores, la pesca, casi nula, y la recolección como importante complemento o sustituto en tiempo de malas cosechas, principalmente para los pobres, ayudaban a llenar las necesidades de subsistencia. En este renglón, y desde el ángulo sociológico, es preciso enfatizar que por encima de la comunidad alimenticia (complejo frijol-maíz-calabaza) se superponía una honda división basada en la división en nobles y macehuales (o plebeyos).

La existencia de por lo menos dos variedades de vestido, hace pensar a la autora en la posibilidad de: *a.* una antigüedad y nivel cultural que permiten la variación, o *b.* la reunión de grupos diversos clánica o culturalmente. El *xicolli* merece en el trabajo una lata consideración comparativa, tras la cual se llega a afirmar su origen regional. La variedad de prendas de vestir, sirve, asimismo a los mixtecos para marcar diferencias sociales, ya que, frente a la relativa uniformidad del vestido de los macehuales, con-

trasta la diversidad de los miembros del estamento superior, que se distingue principalmente por la multiplicidad y riqueza de sus adornos, entre los que se contaban las orejeras, nariqueras, besotes, collares y brazaletes de oro, así como productos de la plumería indígena.

Aun cuando escasean los datos al respecto, se puede afirmar la existencia de grandes ciudades mixtecas con base en alusiones y descripciones como la que de Tututepec "la gran metrópoli de la costa sur", hacen los conquistadores, y la ponderación que ellos mismos hacen de la riqueza de los palacios mixtecos. Hipotéticamente, y deduciendo sus conclusiones de la ecología de la región, Barbro Dahlgren señala la posibilidad de pueblos concentrados en los valles fértiles, y disgregados en las zonas montañosas, y cuyas habitaciones estarían hechas, como en la actualidad, de los materiales que encontrarán más a mano: "caña en tierra caliente, madera en la zona templada y piedra donde hay pocos árboles".

En el campo tecnológico, los mixtecas sobresalen por su cerámica pintada, por sus objetos de jade (por excelencia un arte mixteco, según Covarrubias citado por Dahlgren), y por su orfebrería cuya técnica parece haber sido introducida de fuera. Los mixtecas conocieron, también, procedimientos para obtener sal y para utilizar la cochinilla que recolectaban.

La parte relativa a la organización social enfrenta al estudioso de la antigua cultura mixteca, al problema de la hipertrofia de los materiales relativos a una sección limitada de la sociedad (la nobleza) contrastada con la escasez de los mismos, respecto de la masa del pueblo. Del estudio de los *Vocabularios*, y de la comparación con estudios modernos parece resultar que los mixtecas (a diferencia de los otomíes, mayas, tarascos), tienen un mismo término para tíos pater-

nos y maternos, y uno para tías paternas y maternas, y que, si bien se llegan a anotar términos especiales para los primos, generalmente se les asimila a los hermanos. En los términos de parentesco había distinción según el sexo de la persona a quien se habla, de la persona que habla, y, en el caso de los hermanos, distinción por mayoría (en 3 grados).

Los casamientos eran, según Herrera, endogámicos, cosa que no comprueban los datos sino en muy reducidos porcentajes. Puede, en cambio, afirmarse la existencia de clanes ambilaterales de tendencias endogámicas.

Respecto de casamientos preferenciales, el relativo equilibrio entre el número de los casamientos entre primos cruzados y los casamientos entre primos paralelos hace pensar a la autora en la fusión de dos grupos étnicos distintos: los invasores de Apoala y Achiutla, y los naturales del lugar. En este mismo renglón de los casamientos, algunos casos de los que se dan entre parientes inmediatos en las genealogías dinásticas hace pensar a la autora en causas de origen económico político.

Se practicaba la poliginia, pero sólo la primera mujer era legítima, y sólo los hijos de ésta heredaban; el levirato y el sororato se registran ocasionalmente; la patrilocalidad es practicada generalmente.

El estudio más circunstanciado de la posible existencia de clanes y los testimonios aparentemente contradictorios de las fuentes, hacen que la autora señale, junto a la ya mencionada posibilidad de existencia de clanes ambilaterales de tendencia endogámica, las de: la inexistencia de clanes entre los mixtecas (que sería diferencial respecto del resto de Mesoamérica), la de la inexistencia de los mismos entre los señores, y su existencia entre los macehuales o a la inversa,

o la de la existencia de dos tipos clánicos distintos para uno y otro estamento.

Políticamente, la Mixteca estaba dividida en señoríos centrados en un pueblo y rodeados por una comarca inmediata; dichos señoríos constituían más que Estados absolutos, una confederación estatal poco estable, dentro de la cual uno de ellos preponderaba. El gobierno de cada pueblo estaba en manos de un cacique, o de un cacique que empleaba a sus parientes como intermediarios, o de un cacique dependiente de un consejo (Mixteca Baja), el cual ocasionalmente estaba compuesto por sacerdotes. La justicia, en manos del estamento superior, era rígida, y no conocía otros castigos que la muerte o la esclavitud.

El capítulo relativo a la guerra constituye indudablemente un serio aporte—desde lo concreto— a los estudios polemológicos, ya que se señalan distintos tipos de guerra entre los mixteca: políticas (conquista de la Mixteca por los septentrionales) económicas (de lucha contra los mexicanos) litigiosas (entre comarcas), y secundariamente religiosas, así como muestra la relación entre la guerra y la organización social (el barrio como unidad de reclutamiento), etc. Completa el capítulo el aspecto técnico de la guerra, en el que se mencionan armas, indumentaria, etc.

En el aspecto económico, resulta importantísima la determinación del sistema de distribución de la tierra, en función del cimiento agrícola del sistema de subsistencia; el cacique poseía terrenos que le cultivaban los macehuales tributarios o que arrendaba, había tierras destinadas al culto, y barrios que probablemente eran terrenos clánicos (posibilidad de existencia de clanes localizados). Los tributos se hacían en especie, al cacique, al rey, y a los mexicanos (en caso de conquista). La división del trabajo se

hacía por sexios y por estamentos, estando ambas formas íntimamente mezcladas, ya que la acentuación de la primera en el estamento inferior se atenúa en cuanto se asciende en la escala social. Entre los medios de transporte, se cuentan, a más de los caminos, rutas subterráneas, y entre los medios de transporte, el mecapan y los tenates (traslado de la novia). El comercio aparece como bien organizado e importante; había mercados, y aún cuando el trueque era básicamente el sistema de cambios, existían monedas en forma de hachas de cobre.

La parte correspondiente a la vida religiosa e intelectual de los mixteca nos pone en contacto con un pueblo politeísta cuyo dios principal difería con el lugar, en tanto eran comunes los designados para especiales ocasiones vitales, y a todos los cuales se les ofrendaba y hacían sacrificios (incluso humanos, y auto-sacrificios). Existía una jerarquía sacerdotal que iba de los novicios al sumo sacerdote, siendo el sacerdocio de preferencia hereditario, y teniendo sus miembros participación importante en la vida civil, militar y política. La mitología habla de una pareja creadora, y de dos héroes culturales hijos suyos, faltando en cambio una antropogénesis. En el campo de la magia, existen hechiceros, nahuales, y oráculos.

El ciclo vital, con sus ceremonias de casamiento y sus ritos funerarios, una breve mención de las artes mixtecas y de sus conocimientos (entre los que destaca el calendárico) complementan esta obra, de la que la reducción espacial nos impide ocuparnos más ampliamente.

Como conclusiones, Barbro Dahlgren de Jordán asienta: el carácter mesoamericano de la cultura mixteca, que tiene una cultura base común a las de México, Puebla, Tlaxcala y Tula, la cual se ve reforzada por los emigrantes toltecas que

impulsan a la Mixteca (tumba 7); a dicha cultura base, atribuye la variedad de trajes, el complejo religioso, las organizaciones de mercaderes, el calendario y los nombres calendáricos, las ciudades-estados confederados o no.

Otro conjunto de rasgos, considerados como oaxaqueños, como compartidos por los zapotecos, y probablemente conectados con los mayas es el constituido por los tonos lingüísticos, la cerámica, mutilaciones dentarias, deformación craneana anular, uso de portadores de año, peinados estilo Yalalag, tipos rudimentarios de volador, etc.

El tercer conjunto de rasgos, corresponde, según la autora a una cultura subandina o circuncaribe, y en él cuentan: el complejo religioso de adoración de cerros, cuevas, etc., el complejo de conservación y paraíso especial de caciques muertos y su deificación, los enterrados en sótanos, los mercados cada cinco días, los motivos decorativos negativos, etc.

Una modesta y generosa apertura a la investigación ulterior cierra este volumen que seguramente ha de afirmar el prestigio que como sería investigadora de la etnografía antigua de México, tiene Bárbara Dahlgren de Jordán.

POVIÑA, ALFREDO: *Teoría del Folklore*. Editorial Assandri. Córdoba. República Argentina, 1953.

Alfredo Poviña destaca la verdadera importancia del folklore en cuanto lo considera como algo vivo y actuante que puede contribuir al establecimiento de una era de paz, como resultado de una dinámica interna que debe trascender al campo de lo estético, lo moral y lo político, ya que constituye una socialización

del sentido común, colectivo, tradicional y anónimo. Dicha visión del folklore, transforma, automáticamente a su estudio —Folcología— en una verdadera sociología del saber vulgar, lo que no obsta para que se constituyan otras ramas de estudio que le toman como objeto y que pueden simplemente describirlo, explicarlo en su forma generalizadora, o especular sobre él.

Históricamente, el autor señala la relativa juventud de la disciplina folklórica (1846), y de la acuñación del término *folklore* por William John Thoms, para en seguida señalar la creciente extensión que se ha dado al término y la tarea de fijación comprensiva que esto representa para el rigor científico, ya que si el folklore se refiere a la sabiduría popular, es preciso determinar qué es lo que efectiva y estrictamente hablando corresponde al *populus*, al pueblo.

En esa tarea delimitadora, Poviña encuentra como notas características, el carácter de colectivo (en cuanto se borra la marca individual), el de no-institucionalización (lo cual no implica que todo lo no institucionalizado corresponda al folklore), y el de corresponder generalmente a un patrimonio de las clases inferiores (de donde la importancia del concepto de clase social para el estudioso del folklore).

La definición y los rasgos acentuales de lo folklórico exigen para su configuración, temporalidad, tradición y popularidad, lo cual no significa que lo folklórico sea lo tradicional en relación de identidad, pues el folklore es "conjunto de hechos vivos y actuales que sacan su fuerza del pasado".

De ahí, que, conforme a esta concepción, el Folklore sea "ciencia que estudia las manifestaciones tradicionales y espontáneas de lo popular en una determinada sociedad *civilizada*", y esto último